

## EL TENORIO

El gallardo calavera sevillano empieza á hacer de las suyas en varios coliseos, con no poco regocijo de los espectadores.

Y es que á los españoles en general, nos sucede con el Tenorio lo que á los madrileños en particular con S. Isidro.

Un verdadero hijo de Madrid va el 15 de Mayo á la pradera, aunque se desgañe de lluvia un mar ó el sol le amenace con un tabardillo.

Un español de pura raza (que aun los hay), si no asiste en Noviembre á una representación del Tenorio, no cree que ha honrado á sus difuntos como Dios manda.

¿De dónde nace la admiración, el culto, mejor dicho, que profesamos á la obra que menos le satisfacía á nuestro gran Zorrilla? ¿Tan profunda es su tesis? ¿Tan maravillosa es su trama? ¿Tantas y de tal magnitud son las bellezas literarias que encierra?

Sin que nada de esto le falte, no está en ninguna de esas condiciones el secreto que ha hecho del personaje del cantor de Granada un tipo inmortal.

Don Juan Tenorio nos atrae, porque la ley atávica se cumple; Don Juan Tenorio nos entusiasma, porque representa la audacia sin freno y el valor sin límites; Don Juan Tenorio nos conmueve, porque nos enseña á enamorar; Don Juan Tenorio nos regocija, porque no reconoce ley ni rey; Don Juan Tenorio nos convence, en fin, porque no hay español que no se sienta capaz de emularle.

Y esto sucede, porque es lógico que suceda.

Repasemos la Historia, veamos cómo se formó nuestra nacionalidad y nos explicaremos, no solo el éxito, sino la existencia de Don Juan Tenorio.

El larguísimo período de la Reconquista, hizo de cada español un soldado, y el valor fué en España una religión. La profesión de las armas era la única que en aquellos tiempos merecía alabanzas y obtenía recompensas.

Agréguese á estas cualidades guerreras las de soñadores, románticos y enamorados que nos fuera legando el pueblo moro; mezclámonlas todas, y tendremos el tipo más característico de la nacionalidad española.

De aquel modo de ser de nuestros antepasados, nacieron las leyendas maravillosas y las consejas inverosímiles que aun tienen entre nosotros creyentes y admiradores.

Y de aquel continuo guerrear debieron nacer las libertades y privilegios que, por necesidad ó conveniencia, otorgaron los Monarcas á los pueblos y á los individuos.

Pero la cruz sustituyó en Granada á la media luna, la guerra acaba y se establece la Inquisición.

El pensamiento queda enfrenado.

Más tarde sucumben en Villalar los Comenros, y con ellos las libertades del pueblo español.

El despotismo empieza á reinar.

¿Qué hacía entretanto el pueblo? ¿Qué hacían los nobles?

El pueblo, ignorante, fanático y superstitioso, vivía del recuerdo de sus héroes y admirando, por lo tanto, todo cuanto significaba audacia y valor.

Los nobles no se sometieron tan fácilmente, y mientras unos se retiraron á la soledad de sus campos y otros buscaron en las guerras de Europa y América ambiente propicio á su carácter, á sus aptitudes ó á sus ambiciones, tampoco faltó quien, rebelándose contra todo freno y toda ley, se hizo bandido ó se entregó á los más abominables excesos.

¡Nació en aquel momento histórico

Don Juan Tenorio!

Pudiera afirmarse que sí,

¡Fué popular? Indudablemente,

¿Le amó el pueblo? Debíó adorarle. ¿Por qué?

En primer lugar, porque se burlaba de la justicia, á la que el pueblo aborrecía, y en segundo, porque éste veía en aquel desenfreno y aquella desobediencia la posibilidad de recobrar sus perdidas libertades, puesto que aun había quien hacía frente á los representantes del poder absoluto.

Téngase, además, en cuenta que en España, no sé si por condición de naturaleza ó por otras causas que no son del momento averiguar, el burlarse ó desobedecer á los representantes de la autoridad ha sido y es una costumbre de que participan por igual todas las clases sociales.

Tan cierto es esto, que cuantos poetas han escrito dramas ó comedias de capa y espada, rara vez han sacado á escena una ronda de alguaciles si no ha sido para ridiculizarlos.

Y es que España, no diré que sea el país del desenfreno, pero puede afirmarse que es el pueblo más refractario á la obediencia, á la reglamentación, al orden impuesto por la ley.

Las causas que quedan apuntadas han sido y son, en parte, las que hacen tan fuertemente simpático á Don Juan Tenorio, fiel representación del carácter hispano durante larguísimo período de tiempo.

Pero como queda indicado, existe otra causa que ha contribuido en gran parte á la popularidad del Tenorio.

En toda obra escénica, el contraste es una condición esencial.

El contraste de Tenorio es doña Inés de Ulloa.

Creación verdaderamente magistral, doña Inés tiene poesía, ternura, pasión, timidez, inocencia y virtud.

Todas, absolutamente todas las cualidades que adoran á la mujer española, nacida para amar y para ser amada.

Don Juan la adora; Don Juan el libertino, Don Juan el soberbio, Don Juan el sacrilego, Don Juan el orgulloso, Don Juan el homicida, cae á sus plantas murmurando palabras de amor.

Y el amor se impone y doña Inés triunfa de aquel carácter indómito, á la vez que derrama torrentes de luz poética sobre Don Juan.

Es mujer, y la mujer ha sido siempre en España la reina y señora del hombre.

Por ella ha habido héroes; por ella ha habido mártires; por ella ha habido criminales; por ella ha habido poetas que, bebiendo en sus ojos la inspiración, nos han dejado estrofas inmortales.

El amor ha sido y es en España un culto, una idolatría.

Amor nos dice nuestro cielo, amor nos dicen los cantares del pueblo y estufios de amor tienen esas noches serenas en que el mozo enamorado avanza cautelosamente hacia la reja misteriosa donde el amor le espera.

Amor vehemente que nace del fondo de los corazones, idéntico en un todo al que doña Inés sentía por Don Juan y éste por doña Inés.

Por eso nos entusiasman las frases amorosas que el numen poético de nuestro inmortal Zorrilla pone en labios de ambos personajes; por eso nos conmueven, por eso nos deleitan, por eso nos arrancan siempre el aplauso unánime y atronador con que premiamos al artista que sabe expresarlas y sentir las.

Por eso la maravillosa creación de doña Inés ha contribuido tan directamente á la popularidad del Tenorio.

Cuando eso no suceda; cuando esas grandes figuras, que grandes son aunque nuestra razón las condene, se olviden ó pasen inadvertidas; cuando ni nos conmuevan ni nos entusiasmen, si España no ha sucumbido, estará próxima á sucumbir.

Los pueblos que olvidan en absoluto su pasado, mueren.

DANIEL COLLADO,

## LAS CARTAS

Dudas acerbadas, noches continuas sin luz ni sosiego, días tristes, aciagos; hastio de todo, de los amigos, de las tertulias; todo el amargo prólogo de un amor ansioso, amor loco que no se sacia porque el ser amado es un misterio, un gomo, un silfo, un sér, en fin, sobrenatural que ejercía una fuerza poderosa sobre su delicada alma.

Y ella, Julita, la linda muchacha, ligera, frágil, la mujer ante la que no se abrían labios humanos mas que para adorarla, la deseada de cien públicos, la que había pisado cien escenarios de Europa cosechando amores, aplausos, dejando tras de sí intensos recuerdos de carinos y de flores, Julita, empezaba á padecer el mal que tanto habían padecido por ella.

Había resistido á la ambición, al lujo, á los placeres; contra el fuerte baluarte de su voluntad nada se podía, porque ella obraba siempre con fino sentido, comprendiendo que, puesto todo se lo debía á sí misma, era su sér ante todo.

Mas ahora, las tribulaciones comenzaban con sus negros velos á cubrir el claro cielo de su juventud, las zozobras á empañar el cristal de su gloria.

Una carta la perseguía á todas partes.

Una carta misteriosa la visitaba diariamente, siempre con sus varoniles letras que, colocadas compactamente, ocupaban cuatro carillas. De ellas nada se podía perder, todo era interesante, personalísimo. Eran el análisis perpetuo de su vida, la fiscalización de todos sus actos, la reprobación de sus defectos, el aplauso de sus buenas acciones, la crítica hasta de lo más íntimo de su existencia. Todo se mezclaba allí, los buenos consejos, las réplicas amargas, todo escrito con tal conocimiento de su persona, que parecía imposible que sér humano pudiese su acción sobre aquellas líneas.

Algunos trozos decían: «No leas ese autor, porque sus novelas te son altamente perjudiciales; ayer ibas á acabar el primer tomo, pero te dormiste, así que, déjalo, porque sabes que personaje te interesa tanto que variará seguramente tu criterio desviándote en el modo de apreciar lo que ya te he dicho... Al salir á escena en compañía de A y de B, te sueles retardar para aparecer luego como distraída y con mucha coquetería; esto produce efecto una vez; pero sabes que tu público no varía, y enseguida comprenderá que es estudio, amaneramiento; te quiero más natural... por qué iguales al sueldo de tu coche, y no es necesario, pues ciertos servicios se pagan según quién y como los prestan, mientras que tú nada de esto aprecias y te juzgarán de poco... no aguantas las tiranías de subalternos, que son insoportables; comprendo... etcétera, etc.»

Así eran aquellas cartas, entre las que se mezclaban filosóficas declaraciones de amor, y aquella constancia, que rayaba en la tenacidad, acabó por rendirla.

Como remedio, empezó á cometer disparates sin norma ni guía; despidió sus criados, sus doncellas, variando todo su servicio, que creyó sobornado; pero la carta, aquella época más sangrienta, volvía á aparecer sin interrupción.

Unas veces el correo ordinario ó la Continental; otras un pobre que, poniéndosela en sus manos, hula vertiginosamente; otras de las propias manos de sus más íntimos amigos; á veces, debajo de la almohada. Siempre la dichosa carta de cuatro carillas, interesante, hasta lo irresistible y hasta hacerla llorar.

Por eso la niña mimada se iba igualando á muchos de sus semejantes, que sufrían y amaban. Y su pasión por el autor de la carta llegó á ser voraz, quería verlo, por él hubiese hecho la locura de amarle; quería tenerlo cerca para explicarle cuánto adoraba aquella voluntad potente que le había dominado,

Pero lo humano, lo terrenal, no desaparece, y los espíritus no escriben, sino son los hombres; de modo que Julia encontró á su amado ser corpóreo, cuando éste, ya dueño de aquel corazón, quiso presentárselo.

Su carácter y vida variaron por completo; había aprendido á amar en aquellas cartas.

II

Julia vuelve á ser feliz, á triunfar, á reinar entre los hombres; vuelve á ser la niña jugetona, la coqueta que atrapa fortunas y prestigios. Ya no llora ni piensa; es la otra Julia: la Julita.

Interesado por tan violento cambio le preguntó sus causas fíndome en su amabilidad, que llega hasta lo exquisito.

—¡Ah, querido amigo!—me dijo.—La cuestión es sencillísima. Aquel hombre le quise con toda mi alma, porque me rindió. Era superior á mí mientras estuvo lejos de mi lado. Sabé usted que no juzgo á los hombres mas que á su frente, y aquella era poderosa; sus destellos hirieron mi alma; su talento era tan claro que me entusiasmaba con su luz; sabía tanto! Me escribía cosas tan lindas, reflexiones tan sinceras, que me creí subyugada á sus dotes.

Pero cuando estubo cerca de mí no supo resistir mis sonrisas, ni mis palabras, ni contrariar mis caprichos, porque á lo mejor lo intentaba; pero ante una miradita mía, caía derrumbada la torre de su voluntad. Volví á ser superior; él era el subyugado á mis infinitas rarezas y ni tenía fuerzas para fruncirme el entrecejo. Me regalaba, se moría por mí; en fin, uno de tantos, como usted, por ejemplo.

A mí me gustan los hombres poderosos.

CELESTINO BAYO.

## Noticias

Su Excela. Ilma. el Obispo-Prior celebra-  
rá Ordenes generales en las próximas Témporas de Adviento, días 19 y 20 de Diciembre.

El plazo para la admisión de las solicitudes termina el 30 de los corrientes, los exámenes de Ordenandos comenzarán el 4 de Diciembre y los ejercicios espirituales el día 10 del mismo mes.—Los aspirantes deberán atenderse en la presentación de los documentos necesarios para formar el expediente á lo prevenido en el número 9 del Boletín Eclesiástico, correspondiente al 22 de Agosto de 1900.

El lunes pasado se verificó el enlace de la bella, simpática y distinguida señorita Asunción Gómez y Rey, con el joven teniente de infantería y muy querido amigo nuestro D. José Prado.

Apadrinaron á los contrayentes la respetable señora D.<sup>a</sup> Matilde Rey y Medrano, madre de la novia, y D. Alejandro Prado, hermano del novio.

La novia, que lucía rico traje de paño de Lyon, regalo de su futuro, estaba incomparablemente hermosa.

D. José Prado vestía el honroso uniforme de teniente.

Bendijo la unión el canónigo D. Eloy Fernández.

Después de la ceremonia se sirvió á los concurrentes en profusión dulces, licores y habanos.

El mismo día salió para Madrid el nuevo matrimonio.

Eterna luna de miel les deseamos.

Ayer mañana se celebraron solemnes funerales por el alma de la respetable señora D.<sup>a</sup> Matilde Medrano y Maldonado, fallecida hace un año.

A su apreciable familia reiteramos el más sentido pésame.

D. Manuel Cuevas, regidor-síndico del Excmo. Ayuntamiento, ha egresado á esta población después de pasar unos días en la corte.

Ayer se celebró en esta Audiencia la revisión de la causa seguida contra Juan M. Torregrosa, acusado de un delito de homicidio.